EL CONTROLADOR

PERDONE que yo venga a decírselo en persona. Ya sé que las denuncias deben hacerse por escrito. Yo soy, señor sargento, un honrado comerciante. Me llamo Antonio Rodríguez Ferreiro, y siempre fuí y seguiré siendo un hombre de derechas. Vivo con mi señora en el primer piso de la casa número cinco de la calle de la Iglesia. Es una casa de tres plantas. si usted se toma la molestia de asomarse a esa ventana, la verá al primer golpe. En el bajo de la casa yo tenía el mejor establecimiento de ultramarinos finos, tejidos y calzados de todo el Concejo. Mi establecimiento fué requisado, como lo fueron los demás establecimientos de este pueblo. Usted acaba de llegar. Habrá visto, entre todos los lugares que se van liberando, centenares, millares de comercios saqueados. ¡Pero el mío no lo ha visto! El mío, si yo no se lo digo, no lo podrá ver...

Y es que usted no sabe, señor sargento, que la culpa de que no se vea la tuvo un controlador.

Yo, la verdad, antes de esta guerra, jamás había oído la palabra controlador. Ahora se oye con mucha frecuencia. Pero controladores hay muy pocos. Y es una suerte que haya muy pocos, señor sargento. Por lo menos entre los rojos. Son la peor gente que uno puede tropezar en la vida. El que yo digo se llamaba Daniel. Ignoro sus apellidos. Sé que vino de la parte de Sama. Es de mediana estatura, de modales finos y cara corriente, pero inconfundible. Cuando liberen a Sama no deje de buscarle. Estoy seguro de que usted se dará cuenta de quién le hablo en el mismo instante que le eche la vista encima. Es un controlador. Un tipo peligrosísimo. Se presentó en mi casa a las pocas horas de estallar nuestro Glorioso Movimiento. No dijo más palabras que éstas: "Me llamo Daniel y vengo a controlar su tienda."

Así empezó la cosa. El tipo ése no traía pistola; lo supe más tarde. No traía más que una pluma estilográfica. Era un tipo inconfundible. Hablaba normalmente, en tono completamente normal, como si estuviéramos en tiempos de paz. Llegó a decirme que no pertenecía a ningún partido político. Un tipo peligrosísimo, señor. Ni los del Comité comunista pudieron con él. Les dijo que era controlador, y que para ganar la guerra, los controladores eran imprescindibles. Ayer mismo, unas horas antes que ustedes liberaran este pueblo, se despidió, muy amable, de mí. Y me dijo que los rojos perderían la guerra porque no tenían control. Así terminó todo. Quiero que, si usted pasa por Sama, le meta en la cárcel, bajo mi responsabilidad. Ya le daré a usted una denuncia por escrito. Ese tipo me hizo un daño de cuatrocientas veintiún mil pesetas con treinta y cinco céntimos. Son cuentas hechas por él mismo. Y son pese-

tas de las buenas, de las de plata. Tengo todos los vales firmados. Firmados con el nombre nada más, pero firmados.

Ya lo sabe usted, señor sargento. No es que sueñe con recuperar ese dinero; soy una persona sensata y sé que eso sería imposible. Tampoco quiero hacer daño a ningún inocente. Si ese tipo tiene personas inocentes que dependan de él, estoy dispuesto a sostenerlas a mi costa mientras él esté en la cárcel. ¡A él no le perdono! No puedo perdonarle. Era un refinadísimo controlador. Por cada par de zapatos nuevos que daba exigía los viejos, y los metía donde antes estaban los nuevos, en la misma caja. Tengo la estantería llena de cajas y paquetes con objetos inservible. Si despachaba un kilo de sal, anotaba un kilo de sal en un papel y guardaba el papel en un cajón. Se fundió una bombilla...; bueno, pues miró el precio y lo anotó también; todo lo anotaba, y según lo anotaba lo iba sumando. Cuando ya no había nada que anotar, se quedó cuidando la báscula y pasando un plumero por los estantes... Era un controlador incansable. Comía en Asistencia Social y dormía en un catre que instaló tras del mostrador. Nunca le oí hablar mal de Franco, es la verdad. Yo no digo más que la verdad, señor sargento. Por eso insisto en que era un tipo peligrosísimo. Era el más hábil y pérfido controlador que tenían los rojos. Por su culpa, además de haber perdido cuanto almacenaba en mi establecimiento, soy ahora la burla de los demás comerciantes. Si usted se toma la molestia de asomarse a esa ventana, podrá darse cuenta al primer golpe. Mi establecimiento parece igual que antes de la guerra. Y, sin embago, no hay en todo el local un objeto que valga, ni una llave para abrir una lata de sardinas... Los demás comerciantes tuvieron mejor suerte. Sus mercancías fueron arrojadas a la calle; todavía pueden verse las huellas del saqueo. Ellos presumen y pueden presumir de graves pérdidas. Y es verdad. No pretendo menospreciar sus daños. Ellos tienen los mostradores patas arriba; los estantes, vacíos; las cajas, destrozadas; y por todas partes, grandes montones de basura. Montones grandísimos, en los que si se revuelve un poco salen todavía algunas mercancías en buen estado. Pero ellos, mis competidores, pueden presumir de haber sido saqueados... ¡Y yo, no! ¡Yo caí en manos del controlador más extraordinario del mundo! ¡Le traeré una denuncia por escrito, señor sargento! ¡Era un tipo inconfundible! ¡Se llamaba Daniel y era de la parte de Sama...!